

único objeto de esta obra. Así que, como dijimos mas arriba, Jesucristo regenerador del mundo es el centro, el alfa y la omega, el principio, el medio y el fin de nuestro Catecismo.

Despues de haber explicado la naturaleza, los medios y el fin del Cristianismo; despues de haber observado que, segun los juicios eternos de la divina Sabiduría, el Redentor no debia venir inmediatamente al mundo, pasamos á investigar de qué manera Dios en su infinita bondad debia proceder para que el hombre pudiese esperar sosegadamente por espacio de cuatro mil años el cumplimiento de la divina promesa.

Desde luego se comprende que para esto Dios debia 1º. prometer al hombre ese Redentor; 2º. darle su filiacion, para que, á su venida, pudiese conocerle y seguirle; 3º. preparar el mundo para su recibimiento y para la fundacion de su reino.

Esto es lo que Dios hace de una manera digna al mismo tiempo de su infinita bondad y de su profunda sabiduría; pues, segun lo demostramos, desde la caída del hombre hasta la venida del Mesías todos los decretos de Dios se dirigen constantemente á aquel supremo objeto. Partiendo de este principio, explicamos sucesivamente las promesas, las figuras, las profecías y las preparaciones del Libertador.

3. PROMESA DEL MESÍAS. — Para precaver al hombre de la desesperacion, y hacerle aguardar con paciencia por espacio de cuarenta siglos, Dios, como ya hemos visto, debia en primer lugar prometerle un Redentor.

Pues bien, apenas el rey de la creacion ha caído del trono, cuando una primera promesa hace brillar á sus ojos preñados de lágrimas un rayo de esperanza: *De la mujer nacerá un hijo que quebrantará la cabeza de la serpiente*⁴. Adán comprendió estas misteriosas palabras y las transmitió fielmente á sus hijos. Esta promesa vino á ser por espacio de dos mil años como la única esperanza del género humano; y aunque muy vaga bastó para mantener la confianza de los justos de aquella edad y hacer meritorias sus obras.

La segunda promesa determina la primera, pues que, habiendo recaído en Abrahán, nuestra atencion se fija ya exclusivamente en la posteridad del santo Patriarca. Á medida que se suceden los siglos, y que el hombre adquiere ideas mas distintas, van aclarándose las promesas. Causa admiracion el ir siguiendo esa larga serie de divinas promesas que, explicándose mutuamente, nos llevan por grados, de la generalidad de las naciones á un pueblo particular, de este pueblo á una de sus tribus, y de esta tribu á una sola familia. Al llegar á este punto, Dios se detiene: aquí acaban las promesas, pero no nuestra incertidumbre.

⁴ Genes. III, 15.

Verdad es que el hombre sabe ciertamente que tendrá un Redentor, y que este Redentor saldrá de la familia de David; pero esta familia, que ha de subsistir sin confundirse con otra alguna hasta la ruina de Jerusalem y de la nacion, es decir, durante mas de dos mil años, tendrá muchas ramas, y de consiguiente, si no podemos adquirir nuevos indicios, será imposible que reconozcamos entre tantos hijos de David al que debe salvar el mundo; por manera que el género humano está expuesto á rechazar al Redentor cuando venga á tenderle la mano para levantarle de su caída, ó á seguir al primer impostor de la estirpe de David que tome el nombre del Mesías. La dificultad no puede ser mayor; pero tranquilicémonos, porque Dios la ha previsto, y para que no incurramos en error, nos dará la filiacion de aquel á quien el mundo deberá su salvacion.

4. FILIACION DEL MESÍAS. — En este lugar, lo mismo que al tratar de las promesas, manifestamos que Dios se vale de medios adecuados á la flaqueza del hombre, y le da á conocer la verdad paulatina é insensiblemente, desarrollando su inteligencia del mismo modo que los miembros de su cuerpo.

Primeramente por medio de las figuras bosqueja la filiacion del Libertador. Durante mas de tres mil años, esto es, desde Adán hasta Jonás, hace aparecer una larga serie de personajes, todos los cuales representan al Mesías en algunas circunstancias de su nacimiento, de su muerte, ó de su triunfante resurreccion; y al mismo tiempo dispone numerosos acontecimientos, y establece una multitud de ceremonias y sacrificios que son como otros tantos rasgos dispersos cuya reunion forma el bosquejo de la filiacion del Deseado de las naciones. De todas estas figuras, las mas significativas eran los sacrificios. Cada dia la sangre de las víctimas, la perpetua inmolation del cordero en el templo de Jerusalem recordaba al pueblo judío la víctima futura cuyo sacrificio debia reemplazar á todos los demás, á los cuales comunicaba anticipadamente todo su mérito: misterio permanente cuya significacion estaba al alcance de todo el pueblo⁴.

En el Catecismo solo explicamos algunas de esas admirables figuras, y esto por dos razones: primera, por no extendernos demasiado, y segunda, porque hemos escogido, entre todas, las que los autores sagrados y los Padres de la Iglesia consideran como mas principales, y conducentes al mismo tiempo á la explicacion de mayor número de hechos históricos. Sin embargo, las figuras que presentamos forman

⁴ Quorum quidem sacrificiorum significationem explicite majores (los mas ilustrados) cognoscebant: minores autem (los menos ilustrados; este es el sentido que el mismo santo Tomás da á estas palabras, art. 4) sub velamine illorum sacrificiorum credentes ea divinitus esse disposita, de Christo venturo quodammodo habebant velatam cognitionem. (D. Thom. 2, q. 2, art. 7.)

un retrato que conviene tan perfecta y exclusivamente al Mesías, es decir, á Nuestro Señor Jesucristo, que no se puede menos de reconocerle como tipo y modelo de todos esos cuadros.

Así pues, á no ser que se quiera sostener que todas estas admirables conformidades son obra del acaso; á menos de negar el testimonio de los Padres de la Iglesia y de los mismos sagrados escritores del Nuevo Testamento, es preciso reconocer que verdaderamente Dios con tales figuras quiso representar al Mesías, y hacer el bosquejo de su filiación ¹.

Sin embargo, debemos confesar que todos esos rasgos no son suficientes, porque el esbozo no es el retrato, y lo que nosotros necesitamos es el retrato. Esparcidos por distintos puntos y cubiertos de nubes mas ó menos opacas, esos rayos de luz solo despiden una débil claridad, y no dan mas que una idea vaga del futuro Libertador: por esto hemos dicho que hasta ahora solo teníamos el bosquejo de su filiación. Pero Dios quiere que esta filiación sea tan clara, característica y circunstanciada, que el hombre, á no ser que cierre voluntariamente los ojos, no pueda engañarse ni desconocer á su Redentor.

Finalmente, llega el tiempo en que se ha propuesto disipar todas las sombras, acabar todos los contornos y desvanecer toda incertitud. Para esto, ¿qué hace?

En su infinita sabiduría, suscita los Profetas, y comunicándoles un destello de su inteligencia infinita, les descubre los secretos del porvenir. Pone ante sus ojos el Deseado de las naciones, y les manda pintarle con tanta exactitud, que no haya nada mas fácil que distinguir entre todos los otros al hijo de David que ha de salvar el mundo. ¿Qué son, pues, las profecías? La filiación completa del Redentor prometido desde el principio de los tiempos y representado por mil diversas figuras.

» En efecto, dice uno de nuestros mas célebres orientistas, examinando con atencion el texto sagrado, se ve claramente que las profecías no forman, por decirlo así, con la circunferencia de los cuatro mil años que preceden al Mesías, mas que un gran círculo cuyos radios van todos á parar al centro comun, que no es ni puede ser otro que Nuestro Señor Jesucristo, Redentor del género humano, culpable desde el pecado de Adán. Tal es el objeto y el único fin de todas las profecías que concurren á indicárnosle de modo que no sea posible desconocerle. La reunion de todas ellas forma el mas perfecto cuadro. Los Profetas mas antiguos hacen el

¹ Véanse entre otros san Agustín, *De Catech. rud.*, et contra Faust, lib. XXII; contra Felic. manich.; Euseb. *Demonst. evang.* lib. IV; *Catech. Conc. Trid.* p. 63; Bossuet, *Caractères de las dos alianzas*; y el Prólogo general de la Biblia de Vence.

» primer bosquejo, y á medida que se van sucediendo, perfeccionan las líneas trazadas por sus antecesores. Cuanto mas se acercan al grande acontecimiento, mayor viveza dan á los colores, y cuando el cuadro está acabado, desaparecen los artistas, el último de los cuales, al retirarse, designa el personaje que ha de descender el velo que lo cubre. *Hè aquí yo os enviaré*, dice ¹ en nombre del Señor, *el profeta Elías* (san Juan Bautista) *antes que venga el día grande y tremendo del Señor* ².

En el Catecismo nosotros presentamos esta filiación tal como la han trazado los Profetas, y con ella en la mano, buscamos entre los hijos de David, que vivieron antes de la ruina del segundo templo, en el cual, segun los mismos Profetas, ha de entrar el Mesías, aquel á quien conviene entera y exclusivamente. Nuestra indagación no es larga ni difícil; como el navegante que, al descubrir la deseada playa, exclama: ¡Tierra! tierra! en breve caemos de rodillas, y transportados de admiración, respeto y amor, proclamamos el nombre adorable del Niño de Belén.

Al explicar las profecías, fijamos particularmente la atención en un hecho esencial y tal vez poco notado ³, cual es que los Profetas nunca dejan de autorizar sus oráculos relativos al Mesías con la predicción de acontecimientos cercanos, ó bien con otros mas remotos, pero cuyo cumplimiento será tan visible como el sol del mediodía. Solo pondremos aquí un ejemplo.

¿Quién puede poner en duda la certeza de los oráculos de Isafas acerca del Redentor, al comparar con los acontecimientos la predicción de aquel gran Profeta sobre la ciudad de Tiro? Cuando Isafas hablaba, la ciudad de Tiro era una de las mas grandes y fuertes ciudades de Asia, y quizá la mas opulenta del mundo. Sin embargo el Profeta anuncia en términos precisos, que esta reina del mar se convertirá algun día en un miserable lugar habitado por pobres pescadores que lavarán sus redes en aquella misma playa donde en otro tiempo aportaban las soberbias naves de todas las naciones. Tal es hoy día la antigua ciudad de Tiro. Hasta el impío Volney, puesto de pié sobre sus ruinas, exclamó leyendo la Biblia: ¡El oráculo se ha cumplido! ¡Hombre ciego! Si este oráculo se ha cumplido, por la misma razon deben haberse cumplido los otros. *Noluit intelligere ut bene ageret.*

También hacemos observar cuán indestructible es la prueba de la

¹ Malach. iv, 5.

² Mr. Drach, *Carta I á los Israelitas*, pág. 41.

³ Notólo Pascal en los siguientes términos: « Las palabras de los Profetas encierran dos clases de profecías, unas particulares y otras relativas al Mesías, para que ni estas careciesen de prueba, ni aquellas dejarasen de fructificar. » (*Pensamientos*, c. 15, n. 13.)

divinidad de la Religión, sacada de las profecías. En efecto, solo Dios sabe lo por venir, porque dependiendo esto del libre concurso de la voluntad y de las pasiones de los hombres, es superior á toda penetración: de consiguiente, solo Dios puede comunicar al hombre este conocimiento anticipado. El don de este conocimiento, á favor del cual la inteligencia criada participa de la luz de la inteligencia infinita, es uno de los mas grandes milagros que pueden realizarse. Pero Dios no puede hacer milagros para autorizar la mentira: luego Jesucristo, á quien ha hecho anunciar con tantos siglos de anticipación por tan gran número de profetas desconocidos unos de otros, como Redentor del mundo, como Enviado del cielo, como el Mesías prometido desde el principio del mundo, no es un impostor; luego su religión no es una fábula: negar esto es cerrar los ojos á la luz de la razón, es ponerse al nivel de los brutos.

Otro de los puntos en que insistimos al explicar las profecías es el admirable medio que Dios emplea para poner á cubierto de toda sospecha la antigüedad y la integridad de esos divinos libros. En el templo de Jerusalem hay depositado, bajo la custodia de los sacerdotes, un ejemplar de cada profecía, al paso que un número inmenso de copias andan en manos de todo un pueblo que las lee habitualmente en las casas y en las sinagogas. Esto supuesto, ¿cómo ha de ser posible la alteración de una obra que está á un mismo tiempo en poder de millares de personas desconocidas unas de otras?

Pero aun hay mas: por un rasgo de providencia que no podemos cansarnos de admirar, el pueblo judío deja de ser único depositario de las Escrituras, cerca de dos siglos antes de la venida del Mesías. Á petición de un rey idólatra, sus ancianos, es decir, sus doctores, que son setenta y dos, hacen por sí mismos una traducción auténtica de los Libros santos, la cual, depositada en la biblioteca mas famosa del universo, queda desde luego fuera de su alcance. De este modo, cuando llegue el gran día, la Sinagoga no podrá negar ni alterar los testimonios de Moisés y de los Profetas en favor del Mesías: esta traducción aun actualmente se conserva.

Desde la venida del Redentor estos mismos libros están en poder de dos sociedades esencialmente opuestas. ¡Qué combinación tan sabia! ¡Cosa admirable! el pueblo judío es precisamente de quien se vale Dios para probar hasta la evidencia la antigüedad y la integridad de las profecías; á este pueblo, el mas interesado en alterarlas y desmentirlas, es á quien encarga su custodia.

Poco importa que esos Libros sagrados le convenzan á la faz del universo del mayor de los crímenes y de la mas rara locura, pues no por esto los tiene en menos estima; los conserva religiosamente, los ama como el avaro su tesoro, y aun á costa de su vida defiende su autenticidad contra y en presencia de todos. Pero ¡qué digo!

Dios ha hecho al pueblo judío, no solo custodio incorruptible de las profecías, sino su mas infatigable propagador: por esto no se fija en ningun punto del globo; por esto se halla en todas partes sin estar en ninguna; y en su vida errante y vagabunda, lleva siempre consigo y hace leer á todos los pueblos esos Libros que él mismo no entiende.

Aun hay mas: hace diez y ocho siglos que un prodigio, único en las fastos del mundo, conserva á este pueblo, ó mejor, este cadáver de pueblo, sin jefe, sin pontífice, sin patria, altar ni sacrificio, rechazado en todas partes, despreciado de todos, único resto del mundo antiguo que sobrevive á todas las ruinas y á todas las mudanzas, sin mezcla ni confusión; pueblo destinado visiblemente para eterno testigo del Mesías.

Hemos dicho que los Judíos entendían esas promesas, esas figuras y profecías admirables, lo bastante para esperar con seguridad y conocer fácilmente al futuro Redentor.

En efecto, primeramente ellos creían en la venida del Mesías; creencia que era el primer artículo de su símbolo y el fundamento de toda su religión. Sabían muy bien que el Mesías nacería de Abraham por medio de Isaac, de Jacob, de Judá y de David. Este divino Mesías, conversando un día con ellos, les preguntó: *¿De quién es hijo el Mesías?* — Y ellos respondieron al momento: *De David*¹. Luego si sabían que el Mesías seria hombre, tambien sabían que seria Dios. En otra ocasión el príncipe de los sacerdotes preguntó á Nuestro Señor: *Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas, si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios*²; con lo que se manifiesta que para los Judíos la idea del *Hijo de Dios* era inseparable de la de *Cristo*. Otra vez, admirados estos de oír hablar á Jesús de su muerte, exclamaron: *¿Por ventura el Cristo no ha de permanecer para siempre*³?

En cuanto á las figuras y sacrificios, en particular estos últimos, « los mas ilustrados, dice santo Tomás arriba citado, tenían de ellos un conocimiento explícito, y los demás, el que bastaba para descubrir en ellos, á lo menos confusamente, la imagen del Redentor. »

¹ Matth. xxii, 42.

² Matth. xxvi, 63.

³ Joan. xii, 34. « La Sinagoga esperaba á este Mesías como una de las tres personas de la esencia divina de Jehová, unida hipostáticamente á la naturaleza humana formada milagrosamente en el vientre puro é inmaculado de la Virgen Real, de aquella Virgen anunciada seiscientos años antes por el profeta Isaias. » Así se expresa el caballero Drach, rabino convertido, bibliotecario de la Propaganda, en su apreciable obra titulada: *Del divorcio en la Sinagoga* (pág. 15), impresa en Roma el año 1840 por orden de Su Santidad el papa Gregorio XVI. — Tambien pueden verse las *Pruebas de la divinidad del Mesías*, sacadas de las tradiciones antiguas, pág. 385 y sig., por el mismo autor.

Si se trata de las profecías, nos dicen con seguridad que, según los Profetas, el Cristo nacerá en Belén de la tribu de Judá, será rey, y libertará la casa de Israel. Y en realidad, ¿sería de presumir que no entendiesen un libro puesto de intento en sus manos para anunciarles el Reparador del mundo, libro que desde la primera hasta la última página no habla más que de él ¹?

Las promesas, las figuras y las profecías se hicieron, pues, en primer lugar para los Judíos, pero también y aun más particularmente para nosotros. Cristianos, ellas nos revelan el admirable plan de nuestra redención, comenzado desde el principio de los tiempos y continuado sin interrupción por una larga serie de siglos.

Ellas establecen nuestra fe sobre bases sólidas, haciéndonos ver que la religión cristiana extiende sus raíces hasta los primeros días del mundo; que es la heredera de todas las cosas, y que no es posible que una Religión cuyo Fundador, cuyos misterios, combates y triunfos han sido anunciados con tantos siglos de anticipación, no sea obra de Dios. Por otra parte las profecías que ya se han cumplido nos aseguran el cumplimiento de las que aun se han de realizar; de manera que la certeza de nuestra fe queda igualmente afianzada con respecto á lo pasado y á lo venidero: así lo observa san Agustín ².

5. PREPARACION DEL MESÍAS. — Dios ha empleado quinientos años en dar á los hombres por medio de los Profetas la filiación completa del Mesías. Todo está predicho, el lugar de su nacimiento, la época de su venida, y hasta sus menores acciones. ¿Qué más falta? Hélo aquí: Cuando un gran rey, amado tiernamente de su pueblo, va á entrar en la capital de su reino, se le allanan los caminos, se le abren todas las puertas, y se preparan los ánimos para recibirle.

Pues asimismo, ya que el Verbo eterno, el Rey inmortal de los siglos, el Deseado de las naciones está á punto de entrar en el mundo, Dios, que es su Padre, le allana todos los caminos, le abre todas las puertas, prepara los ánimos para recibirle, y hace que todos los sucesos concurren al establecimiento de su eterno reino. ¡Admirable preparación, llena de grandeza y de majestad, que empieza á manifestarse cuando la vocación de Abraham, y se patentiza enteramente quinientos años antes de la llegada del gran Rey!

Aquí desarrollamos el plan divino, manifestando, con el apoyo de los Profetas, que todos los sucesos políticos anteriores al Mesías, sobre todo los cuatro grandes reinos que, según Daniel, debían de preceder á su venida, concurren, cada uno á su modo, á preparar el reino de este Deseado de las naciones, por y para quien ha sido todo criado.

¹ Act. x, 14.

² De Catech. rud. n. ult.

Ahora pues, si se considera que estos cuatro grandes reinos necesitaron muchos siglos para su formación; que fueron preparados por una multitud de acontecimientos, guerras, victorias y alianzas acaecidas en Oriente y en Occidente desde la más remota antigüedad; que para extenderse tuvieron que absorber todos los demás reinos, se ve claramente que aquellas cuatro grandes monarquías condujeron el mundo entero á los pies de Jesucristo; como aquellos grandes ríos que llevan al Océano, á más de sus propias aguas, las de todos los demás ríos que son tributarios suyos.

Por manera que la historia sagrada y la profana se unen para probarnos la verdad de aquellas sublimes palabras: que *Jesucristo es heredero de todo; que Dios hizo por él los siglos* ¹, y que no solo la nación judía, sino todas las naciones del globo estaban en cinta de él ².

Apoyados en la autoridad de los Profetas, manifestamos que el primero de los cuatro grandes reinos anunciados por Daniel, el de los Asirios ó de Babilonia, tenía el objeto providencial de obligar á los Judíos á conservar intacto el sagrado depósito de la promesa del Libertador, su memoria y su perfecto culto;

Que el segundo, ó sea el de los Persas, tenía por objeto preparar el nacimiento del Mesías en Judea, y realizar el cumplimiento de las profecías, según las cuales debía ser conocido por hijo de David y entrar en el segundo templo;

Que el tercero, esto es, el de los Griegos, se encaminaba á disponer los ánimos para el reinado del Mesías y facilitar su establecimiento, ora extendiendo desde el Oriente hasta el Occidente la lengua en que debía anunciarse el Evangelio, ora diseminando á los Judíos por todo el mundo, ora dando á conocer universalmente con la traducción de Alejandría los Libros santos, y precaviéndolos de toda alteración judaica;

Finalmente, que el cuarto, el de los Romanos, tenía por objeto allanar todos los caminos á la predicación del Evangelio, destruyendo todas las barreras que aun separaban á los pueblos, nivelando el suelo, y abriendo largas y espaciosas sendas en toda la superficie de la tierra; cumplir la célebre profecía que hizo Job al tiempo de su muerte, y terminar la preparación evangélica con el nacimiento del Mesías en Belén.

¡Admirable filosofía de la Religión, que resume en tres solas pala-

¹ Hebr. 1, 2.

² Tota lex gravida erat Christo. — El mismo lenguaje emplea san Jerónimo. Hé aquí sus notables palabras: « Toda la economía del mundo visible é invisible, lo mismo antes que después de la creación, se refería al advenimiento de Jesucristo » á la tierra. La cruz de Jesucristo es el centro á que todo va á parar, es el com- pendio de la historia del mundo. » (Coment. á las Epístolas de san Pablo.)

bras la historia universal de cuarenta siglos ! Todo para Cristo, Cristo para el hombre, el hombre para Dios.

¡ Admirable filosofía, sí, cuya grandeza pasma al sabio, y cuya sencillez la pone al nivel de la mas humilde inteligencia, pues la experiencia nos ha probado que no hay una sola de esas sublimes verdades que no pueda ponerse al alcance de los niños !

Así pues, Dios, el hombre, el mundo, la promesa, la pintura y la preparacion de Jesucristo, tal es el objeto de nuestras lecciones durante el primer año.

II. — SEGUNDO AÑO.

1. VIDA DEL MESÍAS. — Los tiempos se han consumado : salimos del reino de las sombras y de las preparaciones para entrar en el de la luz y de la realidad. Ahora nuestro primer deber es presentar el Evangelio, segun el dictámen del santo Obispo de Hipona, como el divino comentario y el cumplimiento del Antiguo Testamento ¹.

Por tanto nos apresuramos á enseñar con los Padres de la Iglesia que la Religion nacida con el mundo, conocida de los Patriarcas, dilatada en tiempo de Moisés y de los Profetas, se perfeccionó con el Evangelio; y añadimos con san Ambrosio y santo Tomás que la Iglesia es un estado medio entre la Sinagoga y el cielo; pues el judío no tenia mas que sombras sin realidad, el cristiano posee la verdad cubierta con un velo, y el santo la ve cara á cara y sin ninguna especie de interposicion ². El Antiguo Testamento se manifiesta en el Nuevo, y este se pondrá de manifiesto en la eternidad.

De esta manera hacemos ver á los jóvenes cristianos que su Religion, á semejanza de Dios que es su autor, abraza todos los términos de la duracion; porque existía ayer, existe hoy, y existirá eternamente. Mas aunque ha sido siempre la misma en su esencia, no ha sido siempre igual en su estado, porque ha ido sin cesar progresando, de modo que desde Adan hasta el Mesías las promesas, las figuras y las profecias se han ido desenvolviendo sucesivamente ³, bien como el sol que se eleva lentamente sobre el horizonte y aumenta poco á

¹ Quapropter in Veteri Testamento est occultatio Novi, in Novo Testamento est manifestatio Veteris. (De Catech. rud.)

² Illa nobis expectanda sunt, in quibus perfectio, in quibus veritas est. Hic umbra, hic imago, illic veritas. Umbra in lege, imago in Evangelio, veritas in celestibus. (S. Ambr. de Offic. lib. I, c. 48.) — Status novæ Legis medius est inter statum veteris Legis... et inter statum gloriæ. — Lex vetus est via ad Legem novam, sicut Lex nova ad celestem Ecclesiam, seu ad celestem hierarchiam. (D. Thom. passim.)

³ Et ea quæ ad mysteria Christi pertinent, tanto distinctius cognoverunt, quanto Christo propinquiores fuerunt. (D. Thom. 2, q. 2, art. 7.)

poco su resplandor, ó como la bellota que con el tiempo se convierte en una robusta encina, ó como el hombre en fin que pasa por diversas edades, sin dejar de ser por esto el mismo hombre.

Despues de haber descrito el estado general de los espíritus y la situacion particular de Judea á la venida del Mesías, mostramos como el Hijo de la augusta Virgen de Judá se consagra desde su nacimiento, no á fundar una nueva religion, sino á completar la antigua en lo que concierne al dogma, á la moral y al culto, reemplazando los elementos caducos con Sacramentos llenos de gracia y de eficacia, aboliendo los ritos que la adaptaban al pueblo judío, y proclamando él mismo el objeto de su mision con estas luminosas palabras : *No penseis que he venido á abrogar la Ley ó los Profetas: no he venido á abrogarlos, sino á darles cumplimiento* ¹, enlazando de este modo su obra con la obra antigua, ó mejor, enseñándonos que el Antiguo y el Nuevo Testamento no forman mas que un todo, del cual él mismo es el centro, un mismo edificio cuya piedra fundamental es él mismo ².

En la necesidad de abreviar la relacion de sus maravillosas obras, procuramos referir circunstanciadamente aquellas en que se muestra con mas claridad expiator, doctor, modelo, médico de todas nuestras enfermedades, es decir, Redentor y Salvador del género humano en toda la extension de estas grandes palabras: de lo demás hablamos mas sucintamente. Despues de haberle visto nacer, vivir y enseñar como Hombre-Dios, lo consideramos muriendo, pero muriendo como Dios, y probando su divinidad mas irrefragablemente con su muerte que con su vida.

Llevamos con nosotros al teatro de sus dolores á los niños cristianos, para conmoverles é instruirles. ¿Quién no desea volver á ver el lugar de su nacimiento? El Calvario fué nuestra cuna: venga allí el incrédulo y le convenceremos. Del Calvario descendemos con el Salvador al sepulcro, y desde allí seguimos hasta el limbo á aquel *muerto libre entre los muertos*, que predica el Evangelio á las bienaventuradas almas, haciendo brillar en su oscura morada la aurora de su libertad.

Pasados los tres dias anunciados por los Profetas, el Hijo del Eterno sale del sepulcro, triunfante del pecado y de la muerte, satélite del pecado. Entonces mostramos á sus enemigos confusos y reducidos á la extremidad de comprar á peso de oro el falso testimonio de los testigos dormidos. En seguida exponemos las principales pruebas de la resurreccion del Mesías, prenda de nuestra propia resurreccion y base de todo el Cristianismo: referimos sus varias apariciones y las pruebas á que su condescendencia se somete para convencer á los Apóstoles.

¹ Matth. v. 17.

² Ephes. ii. 20.